CAPÍTULO XXV.

Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

No se le cocía el pan á Don Quijote, como suele decirse, hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió:

Más despacio y no en pie se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren.

—No quede por eso, respondió Don Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo echándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedía; y sentándose en un poyo, y Don Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera:

—Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible.

Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo dijo:

—"Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido."

—"Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido."

—En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaráz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo, y se entró en lo más escondido del monte; si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo."

—"Mucho placer me haréis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda."

Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos regidores á pie y mano á mano se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo pues que no parecía, dijo el regidor que le había visto, al otro.

—"Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido.

—"¿Algún tanto decís, compadre? dijo el otro: por Dios que no doy la ventaja á nadie, ni aun á los mesmos asnos."

—"Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos, y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya, y nos responda si es que está en el monte."

A lo que respondió el dueño del jumento:

—"Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio." Y dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento había parecido, y en viéndose, dijo el perdidoso:

—"¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó?"

—"No fué sino yo, respondió el otro."

—"Ahora digo, dijo el dueño que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.

—"Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos, que á mí, compadre; que por el Dios que me crió que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolución yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad."

—"Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznara bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís"

—"También diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas."

—"Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes

como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios que nos sean de provecho."

Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvían á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño:

—"Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle aunque le he hallado muerto."

—"En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo."

Con esto, desconsolados y roncos se volvieron á su aldea, á donde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos, y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y de-

rramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores.

Dieron en ello los muchachos que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza.

Yo creo que mañana ó esotro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen, y por salir bien apercibidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto.

Y estas son las maravillas que dije que os había de contar, y si no os lo han parecido no se otras y con esto dió fin á su plática el buen hombre; y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubón y con voz levantada dijo.

Señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.

—Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aquí está el señor maese Pedro; buena noche se nos apareja.

Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debía de estar enfermo; y el ventero prosiguió diciendo:

—Sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro: ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

—Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada.

—Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono.

—Sea en buena hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió á salir de la venta. Preguntó luego Don Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traía. A lo que respondió el ventero:

—Este es un famoso titerero, que há muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso Don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este Reino se han visto; trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándose al oído le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo.

Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él después de haberle hablado al oído; y así se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y bon compaño, y dase la mejor vida del mundo: habla más que seis, y bebe más que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo.

En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venía el retablo, y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le vió Don Quijote, cuando le preguntó:

—Dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué peje pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales; y mandó á Sancho que se los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono, y dijo:

—Señor, este animal no responde, ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto.

—Voto arrus, dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo, qué hace ahora mi mujer Teresa Panza,